

DIÁLOGOS SOCRÁTICOS

APOLOGÍA DE SOCRATES

PLATÓN

Versión de AGC

Cuál sea la impresión que en vosotros, ciudadanos atenienses, han dejado mis acusadores, no lo sé; mas de mí sé decir que, en efecto, casi han llegado a hacer que me olvidara de mí mismo: tan convincentemente hablaban. Y ello es, sin embargo, que, lo que es de verdad, nada hay, sobre poco más o menos, en todo lo que han dicho. Pero una cosa me ha asombrado sobre todas entre las muchas falsedades que han contado: aquella parte en que decían que teníais que estar precavidos a no dejaros engañar por mí, como persona que era de habilidad temible en el hablar; porque eso de que no les diera vergüenza que al momento fuera yo a refutarlos con los hechos, en cuanto se viera que no tengo habilidad en hablar de ninguna especie, es cosa que me pareció en ellos el colmo de la desvergüenza; como no sea que hábil en hablar llamen ellos al que dice la verdad; que, desde luego, si eso es lo que quieren decir, bien habré yo de reconocer que soy, y no a la manera de ellos, un orador de veras. Ellos pues, si vale lo que yo digo, o poco o nada de verdad queda de lo que han dicho; de mi boca, en cambio, vais a oír vosotros toda la verdad, aunque, a fe mía, ciudadanos atenienses, no, por cierto, discursos engalanados, como los de ellos, de maneras de decir y de palabras escogidas, ni tampoco bien aderezados, no, sino que oiréis cosas dichas a la buena de Dios con las palabras que se tercién (pues confío en que justas son las cosas que digo), y que ninguno de vosotros se haga ilusiones de otra cosa; que es que, además, tampoco, después de todo, sería cosa muy propia, ciudadanos, que a la edad que tengo me presentara ante vosotros poniéndome como un jovenzuelo a confeccionar discursos. Y aun a bien que justamente, ciudadanos atenienses, eso es lo que de todas veras os pido y os encargo: que si al oírme vais notando que me valgo para mi defensa de las mismas maneras y razones con las que suelo hablar en la plaza al lado de las mesas de los banqueros, donde estáis hartos de oírme muchos de vosotros, así como en otras partes, ni os asombréis por ello ni por tal motivo me arméis barullo. Porque es que así es la cosa: hoy es la primera vez que me veo aquí subido en el estrado del tribunal, con setenta años de edad que tengo; así que me encuentro sencillamente como un extranjero para con la manera de hablar que aquí se usa; conque, así como, si se diera de verdad que fuese un extranjero, me habríais, a fin de cuentas, de disculpar que hablara con aquella pronunciación y aquellos modos en los que estuviera criado, pues, en fin, también ahora es eso lo que os pido —petición justa, a lo que me parece—, que de la manera de hablar no hagáis caso (que quizá pueda ser peor o quizá mejor), y en cambio, que miréis bien eso y en eso paréis mientes, sí es justo lo que digo o si no lo es; pues en eso está la virtud del juez, así como en decir verdad la del orador.

Lo primero pues, justo es que me defienda en primer lugar, ciudadanos de Atenas, frente a las primeras acusaciones falsas que sobre mí pesan y frente a mis primeros acusadores, y sólo después frente a las que han surgido después y a los posteriores. Pues cargado estoy de muchos que son mis acusadores ante vosotros, y eso ya de muchos años atrás, y hablando sin decir verdad ninguna; a los cuales temo yo más que no a los del equipo de Anito, aun siendo como son también temibles éstos; pero más de temer aquéllos, ciudadanos, que tomándoos a los más de vosotros ya desde niños por su cuenta, os iban convenciendo y acusándome a mí más a su sabor, sin verdad ninguna, con aquello de que «Hay un cierto Sócrates, un intelectual, meditador de los fenómenos celestiales, y que lo de debajo de la tierra lo tiene todo investigado, y que salva causas perdidas y hace ver lo blanco negro.» Esos son, ciudadanos de Atenas, con esa fama que por ahí han esparcido, los acusadores míos que son de temer de veras: pues los que les oyen están bien persuadidos de que aquellos que tales cosas investigan tampoco creen que haya dioses. Y luego, que esos acusadores son muy numerosos y que llevan mucho tiempo ya acusando, y más aún, que se dirigían a vosotros cuando estabais en la edad en la que más podíais hacerles caso, niños que erais algunos de vosotros y muchachos, y en una palabra, presentando una acusación a parte ausente, sin que hubiera nadie en la defensa; y lo más desconcertante de todo, que sus nombres no es posible saberlos ni citarlos, salvo que si hay uno que es autor de comedias; mas todos aquéllos que, moviéndose por envidia y con calumnias, os iban convenciendo (y los que, ya convencidos ellos, a otros convencían), éstos son todos de lo más difícil de agarrar: pues ni aun se puede hacer subir al estrado a ninguno de ellos ni aun someterlo a interrogatorio, sino que se ve uno obligado sencillamente a algo así como lidiar con sombras al defenderse y a ir refutando las acusaciones sin que nadie le responda a uno. Tened pues a bien admitir también vosotros, tal como yo digo, que son dos las clases de acusadores con que me encuentro, unos los que ahora me han acusado, pero otros los de antiguo, de los que os estoy hablando, y así aceptad la idea de que tenga lo primero que defenderme frente a éstos; pues también vosotros les habéis oído a éstos acusarme antes y mucho más de largo que a estos otros posteriores.

Sea pues. En fin, hay que defenderse, ciudadanos atenienses, y esa calumnia que a lo largo de tanto tiempo habéis vosotros recibido, hay que intentar en tan corto tiempo arrancarla de vosotros. Pues y sí que querría yo que así sucediera, si es que en ello salimos vosotros y yo ganando, y conseguir algo que valiera la pena con mi defensa; mas para mí tengo que la cosa es difícil, y no es que se me oculte precisamente cómo lo es. Sin embargo, que ello salga por donde el cielo lo disponga; hay que obedecer a la ley, con todo, y hay que defenderse.

Remontemos pues a ver desde el principio cuál es la acusación de la que ha surgido la fama calumniosa que sobre mí pesa, que es, al fin, en la que Meleto se ha fiado para abrir así contra mí el proceso público. Sea pues. ¿Qué es, en fin, lo que decían al calumniarme mis calumniadores? Como si se tratara pues de acusadores formales, es bien recitar así la declaración jurada de acusación: «Sócrates es reo de crimen, y se ocupa indebidamente en investigar las cosas de bajo tierra y las celestiales y en salvar causas perdidas haciendo ver lo blanco negro, así como enseñando a otros a practicar esas mismas actividades.» Algo como eso es la declaración. Pues cosas de éstas eran también las que veáis vosotros mismos en la comedia de Aristófanes: un cierto Sócrates al que se le hacía por allí dar vueltas, proclamando que andaba por los aires y soltando muchas otras tonterías sobre asuntos de los que yo ni poco ni mucho entiendo para nada. Y a bien que no lo digo por menosprecio de semejante saber o

ciencia, si es que hay alguien que sea entendido acerca de tales cosas (no vaya a ser que me ponga pleito Meleto por tan grave crimen), no, sino que es que yo con esas cuestiones, ciudadanos atenienses, no tengo que ver nada. Y a mi vez, por testigos de ello os pongo a la mayoría de vosotros, y os propongo que unos a los otros os informéis y os comunicuéis, cuantos alguna vez hayáis estado oyendo mis conversaciones (y muchos de vosotros son los que se encuentran en ese caso), comunicaos pues unos a otros si jamás ni poco ni mucho me ha oído alguno de vosotros conversar acerca de cuestiones tales; y con eso conoceréis que por el estilo son también las demás cosas que cuenta de mí la gente. Pero, en efecto, ni hay nada de todo eso, ni aun, por cierto, si por alguien tenéis noticia de que me dedico a enseñar a las gentes y que saco de ello dinero, tampoco eso es verdad. Que es que también eso —cómo no— me parece que es cosa buena y noble, que haya alguien que sea capaz de enseñar a los hombres, tal como Gorgias el leontino o Pródico el ceo o Hipias el eleo: pues uno cualquiera de esos hombres, ciudadanos, es capaz de presentarse en cada ciudad que sea y a los jóvenes (a quienes les es dado tratar y conversar con cualquiera que lo deseen de sus propios conciudadanos) los convencen de 20 que, dejando las otras frecuentaciones, acudan a las de ellos pagándoles honorarios, y que encima les queden agradecidos. Porque es que hay también por aquí otro, parió de nación, hombre intelectual, de quien tuve yo noticia de que venía aquí a instalarse; pues coincidió que me encontré con un ciudadano que lleva gastado en profesores más dinero que todos los otros juntos, Calías el de Hiponico; conque así es que le pregunté (porque es que tiene dos hijos) «Calías», así le dije, «si tus dos hijos hubieran sido potros o novillos, bien podríamos encontrar para ellos y tomar a sueldo un guarda o mayoral que se cuidara de hacerlos buenos y nobles en las prendas y dotes que les correspondieran; y sería el tal o bien alguno de los yegüerizos o de los labradores. Pero, así las cosas, como quiera que son hombres, ¿qué guarda o guía tienes idea de tomar para ellos? ¿Quién hay que de las dotes y prendas correspondientes, las humanas y políticas o sociales, sea entendido? Pues bien sé que esto lo tienes bien mirado, por mor de esos hijos que tienes. ¿Hay alguno así», le dije, «o no lo hay?» «Cierto que sí», me respondió. «¿Quién», le dije yo, «y de dónde es, y por cuánto enseña?» «Eveno se llama, Sócrates», me dijo, «y es de Paros y cobra cinco minas». Conque yo me quedé llamando al tal Eveno bienaventurado, si de verdad poseía aquella técnica y enseñaba tan esmeradamente. Lo que es yo, bien que me daría también pisto y me pavonearía si entendiera de esas cosas. Pero ello es que no entiendo de ellas, ciudadanos atenienses.

Puede pues que a esto alguno de vosotros me interpele acaso: «Pero entonces, Sócrates, ¿cuál es la ocupación tuya? ¿De dónde es que te has ganado las calumnias esas? Porque, en fin, no vas a decirnos que, sin meterte tú en nada fuera de lo corriente y en que los demás se meten, te has encontrado por las buenas con una fama tan extendida y tales versiones sobre tu persona, si no fuera que te dedicabas a alguna cosa distinta de lo que todo el mundo. Dinos pues de una vez qué es ello, para que no sigamos sobre ti nosotros improvisando conjeturas.» Esto, sí, me parece que tiene justa razón para decírmelo el que me lo diga; conque voy a intentar mostraros qué diablos es eso a lo que debo mi renombre y mis calumnias. En fin, poned atención; y a lo mejor va a pareceros a algunos de vosotros que estoy hablando en broma; sin embargo, sabedlo bien: voy a deciros toda la verdad. Que es que yo, ciudadanos de Atenas, no por otra cosa me he ganado ese renombre sino por una especie de inteligencia o sabiduría, ¿Qué clase, en fin, de inteligencia o sabiduría es ésa? Aquella justamente que es acaso la sabiduría y la inteligencia propiamente humana. Pues ello es que yo de esa inteligencia es de la que es probable que sea inteligente; mientras que esos

otros, a los que hace un momento me refería, tal vez sea de una inteligencia mayor que a medida de hombre de la que sean inteligentes, o si no, no sé cómo explicármelo. Porque, en fin, yo, desde luego, ésa no la tengo ni entiendo en ella, y cualquiera que así lo afirme miente y me calumnia al decir tal cosa. Y no me vayáis a armar barullo, ciudadanos atenienses, ni aun cuando os parezca que estoy dándome bombo ante vosotros: pues no serán palabras mías las que diga, sino que voy a remitirlas a la boca de alguien digno de vuestra estima: que es que de esta inteligencia mía, si lo es, a fin de cuentas, y de cómo y de qué clase es ella, os voy a presentar como testigo al dios que está en el oráculo de Delfos. Pues es que Querefonte sabéis quién era más o menos: él fue compañero mío desde muchacho, y, también compañero de la mayoría de vosotros y del pueblo, con vosotros participó en el destierro aquel de los demócratas, y con vosotros regresó a Atenas. Así que, en fin, ya sabéis cómo era Querefonte, qué empeñoso en cualquier cosa a la que se lanzara; conque así fue que una vez se fue a Delfos y se atrevió a consultarle eso al oráculo (y aquí es lo que digo, que no os alborotéis, ciudadanos), que es que le preguntó, en fin, si había alguien más inteligente que yo. Respondió pues la sibila pitia que no había nadie más inteligente. Y de todo esto el hermano de Querefonte ahí presente podrá daros testimonio; porque es que él está ya muerto.

Bien, y mirad ahora a qué propósito os cuento esto: que es que me propongo mostraros de dónde viene la calumnia que sobre mí pesa. Pues, al enterarme yo de aquello, meditaba conmigo de esta guisa: «¿Qué diablos es lo que quiere decir el dios, y qué adivinanza es esa que propone? Porque, en fin, lo que es yo, ni poco ni mucho tengo conciencia de ser sabio ni inteligente; ¿qué viene pues a querer decir al proclamar que soy el más inteligente y sabio? Pues lo que, desde luego, sea como sea, no puede ser es que mienta ni se equivoque: que no se lo permite la ley del cielo.» Y así durante mucho tiempo andaba tratando en vano de averiguar qué era lo que podía querer decir. Luego, y muy a duras penas, me resolví a dedicarme a semejante investigación sobre ello; me fui a uno de los que tenían fama de ser inteligentes, en la idea de que mejor lugar que aquel no había de encontrar para refutar la respuesta y presentarle así al oráculo la evidencia: «Ahí ves a ese hombre que es más inteligente que yo, y tú decías que yo lo era más.» Examinándolo pues a aquél de arriba a abajo (que para nada hace falta mencionarlo por su nombre, sino que uno de los políticos era aquél con quien, al irlo examinando, me pasó algo como esto, ciudadanos atenienses, y al conversar con él), me pareció que aquel hombre tenía fama, sí, de ser inteligente, al parecer de muchas otras personas y sobre todo al de sí mismo, pero que no lo era. Conque a seguido me ponía yo a tratar de demostrarle que creía que era inteligente y sabio, pero que no lo era; a consecuencia de ello pues caí en aborrecimiento de él y de muchos otros de los presentes. Pero para mí, al irme de allí, razonaba yo conmigo: «Más que ese hombre, por lo pronto, soy yo inteligente; porque es probable que ninguno de los dos sepamos nada de provecho; pero ése se cree que lo sabe, no sabiéndolo, mientras que yo, así como no lo sé, tampoco me lo creo; así que parece ser que, por lo menos, en ese pequeño punto justamente sí que soy yo más inteligente: en que aquello que no sé tampoco creo que lo sepa.»

De allí me fui a otro de los que les tenían por más inteligentes y más sabios que el primero, y esas mismas conclusiones se me ofrecieron; y allí también el interesado y otros muchos me cogieron aborrecimiento. A partir de entonces pues iba ya sin parar uno tras otro, dándome cuenta de que me cargaba de fastidios y de temores, porque se me iba cogiendo odio, pero sin embargo parecíame forzoso estimar por encima de todo lo tocante al dios. Había pues que dirigirse, examinando a ver qué quería el

oráculo decir, a todos los que tuvieran fama de saber algo. Y, voto a bríos, ciudadanos de Atenas (porque es que ante vosotros tiene que decirse la verdad), os juro que me pasó algo como esto que os cuento: que los que más renombre tenían se me apareció, al investigar la cosa de acuerdo con la voz del dios, que más o menos estaban limpios de casi todo, mientras que otros a los que se tenía por inferiores eran hombres más calificados en punto a tener buen juicio. En fin, he de haceros ver cómo fue aquella peregrinación mía, que era como si tuviera que penar no sé qué penas para conseguir que aun a mis ojos resultara el oráculo del dios irrefutable. Pues, después de los políticos, me fui a los poetas, a los autores de tragedias y a los de ditirambos y a los demás, como en la idea de que allí sí que me iba a coger *in flagranti* a mí mismo de ser más ignorante que ellos. Recopilando pues de sus creaciones las que mejor trabajadas me parecía que les habían salido, les iba preguntando a ellos qué era lo que querían decir, para de paso ir también aprendiendo de ellos alguna cosa. Pues sí, me da vergüenza, ciudadanos, de deciros la verdad; mas sin embargo, hay que decirla. Que es que casi cualquiera, por así decir, de todos los que se hallaban presentes podía mejor que ellos mismos explicarse acerca de los poemas de que ellos eran los autores. A su vez pues conocí también sobre los poetas al cabo de poco tiempo que eso era lo que pasaba: que no por inteligencia o sabiduría creaban los poemas que creaban, sino por una cierta manera de ser suya y poseídos de divinidad, igual que los videntes y los adivinos; porque decir, también éstos dicen muchas y hermosas cosas y palabras, pero saber, no saben nada de lo que dicen. Algo como eso se me apareció que era también el trance en que se encuentran los poetas, y al mismo tiempo me di cuenta de que ellos, en virtud de su poesía, se creían también en otras cosas los más inteligentes y sabios de los hombres; en las que no lo eran. Me marché pues también de allí pensando que justamente quedaba yo por encima de ellos en lo mismo en que lo estaba sobre los políticos.

Para terminar pues, me fui a los técnicos y artistas; que bien tenía para mí conciencia de que yo, por así decir, nada entendía, mientras que ellos, sin duda, sabía yo que descubriría que entendían en muchas y hermosas cosas. Y a bien que en eso, no, no me engañé, sino que entendían en cosas en las que yo no entendía, y por esa parte, más sabios que yo eran y más inteligentes. Pero, ah ciudadanos de Atenas, me pareció que en el mismo yerro que los poetas caían los buenos artífices asimismo: por el hecho de dominar bien la técnica y el arte, se creía cada uno de ellos que también en las demás cosas era en el más alto grado inteligente y sabio; y que esa salida de tono suya nublaba y anulaba aquella su sabiduría; al punto de que me preguntaba yo a mí mismo en nombre del oráculo si preferiría yo encontrarme tal como me encuentro, ni sabio de la sabiduría de ellos ni ignorante de su ignorancia, o si tener ambas a dos las condiciones que ellos tienen. Así que me respondía a mí mismo y al oráculo que más cuenta me tenía seguir estando como estoy.

En fin, que a consecuencia de esas averiguaciones, ciudadanos atenienses, me encuentro, de un lado, con que me he ganado muchos odios, y aun de los más graves y enconados que pueda haber, al punto que muchas calumnias tienen origen en esos odios, y por otro lado, con ese renombre de que se diga de mí que soy inteligente y sabio: que es que se figuran en cada ocasión los que están allí presentes que soy sabio yo mismo en aquellas cuestiones en las que a otro esté sometiendo a examen. Pero lo que es probable, ciudadanos, es que, en verdad, el que sea inteligente sea el dios, y que en el oráculo ese lo que quiera decir sea que la inteligencia y sabiduría humana muy poquita cosa es lo que valen o nada; y aun se me parece que a eso es a lo que llama «Sócrates», sólo que a mayor abundamiento se ha servido de mi nombre, utili-

zándome para ejemplo, tal como si dijera: «El que más de entre vosotros, hombres, es inteligente y sabio es aquél que, como Sócrates, tiene entendido que nada, a la verdad, es lo que él cuenta tocante a inteligencia y sabiduría.» Eso es pues lo que yo aun hoy todavía ando por ahí buscando y averiguando según la indicación del dios, así de mis conciudadanos como también de los forasteros, con cualquiera que creo que es inteligente y sabio; y cada vez que se muestra que lo es, luego, acudiendo en apoyo del dios, procedo a demostrar que no es sabio ni inteligente. Conque, por culpa de ese negocio, resulta que ni me ha quedado vagar para hacer nada digno de mención en los asuntos públicos del Estado ni tampoco en los privados de mi casa, sino que me encuentro en una pobreza millonaria por rendirle culto y servicio al dios.

Pero además de todo esto, los jóvenes que suelen acompañarme (aquéllos que de más vagar disponen para ello, que son los hijos de los más ricos) por propia inclinación sin más, se gozan en oír someter a examen a las gentes, y aun ellos muchas veces se ponen a imitarme, y luego tratan de examinar a otros; conque entonces — me figuro — encuentran abundante cosecha de hombres que creen saber alguna cosa y que saben poco o nada. De ahí pues que los que se ven por ellos sometidos a examinación se enojan contra mí —que no contra sí mismos — y van diciendo que hay un cierto Sócrates, sujeto de lo más siniestro, y que a los jóvenes los corrompe; y aun cuando alguno les pregunta qué es lo que hace o qué es lo que les enseña para corromperlos, se encuentran sin nada que decir — como que no lo saben—, mas para no dar la impresión de que no tienen por dónde salir, se ponen a decir los tópicos que hay a mano contra todos los que se dedican a ciencia y a investigaciones, aquello de «las cosas celestiales y las de bajo tierra», y lo de «no creer en dioses», y lo de «hacer ver lo blanco negro». Pues lo que es verdad —supongo — eso no iban a querer decirlo: que se les ha puesto en evidencia de que pretendían saber, pero que no sabían nada. Es pues así —creo yo— que, siendo como son celosos de su honra y decididos y numerosos, y además que hablan de mí con tanto empeño y tan convincentemente, os tienen llenos los oídos de las calumnias esparcidas con mucho interés y por largo tiempo. Y es de entre éstos justamente de donde salió contra mí Meleto, así como Anito y Licón, Meleto representando el resentimiento de los poetas, mientras que Anito el de los técnicos y los políticos, y Licón el de los oradores. De modo que —lo que os decía al empezar— mucho me extrañaría que fuera yo capaz de arrancar esa calumnia de vuestros ánimos en tan escaso tiempo, tan divulgada y multiplicada como ella está. Ahí tenéis, ciudadanos atenienses, la verdad, y os estoy hablando sin ocultaros cosa ni grande ni chica y sin quedarme con nada dentro. Y eso que poco más o menos sé que por lo mismo me estoy haciendo odioso; lo cual justamente es prueba de que estoy diciendo la verdad, y que en eso consiste la calumnia que sobre mí pesa y éstos son sus motivos. Y así, ya sea ahora mismo, sea en otra ocasión que examinéis la cosa, eso es lo que descubriréis.

Por lo que hace pues a las acusaciones de que mis primeros acusadores me acusaban, baste con lo dicho como defensa ante vosotros. Y ahora, frente a Meleto, el hombre de pro y el patriota, según él dice, y los otros acusadores posteriores, voy desde aquí a tratar de ir haciendo mi defensa. Pues otra vez, en fin, como otros acusadores distintos que ellos son, tomemos a su vez su declaración de acusación jurada. Y ¿cómo está concebida? Del siguiente modo: afirma que Sócrates es reo del crimen de corromper a los jóvenes y de no creer en los dioses en que el Estado cree, sino en otros espíritus o genios nuevos desconocidos. La inculpación, en fin, es algo como esto; pero de esa acusación pasemos ahora a examinar cada uno de los cargos.

Que es que, en suma, afirma que soy reo del crimen de corromper a los jóvenes. Pero yo lo que afirmo, ciudadanos de Atenas, es que el reo de crimen es Meleto, que se dedica tan en serio a gastar bromas, trayendo sin más ni más a la gente a juicio, pretendiendo que se está preocupando y desvelando por cuestiones de las que jamás al hombre le ha importado un bledo. Y de que así es la cosa voy a intentar también hacer una demostración. Conque ven acá, Meleto, y dime: ¿no es verdad que estimas de la más alta importancia que vengan a ser lo más buenos que quepa nuestros jóvenes?

—Sí que lo estimo.

Ea pues de una vez; diles a los ahí presentes quién es el que los hace ser mejores. Porque es evidente que lo sabes, siendo como es asunto que te preocupa; ya que, habiendo descubierto al que los corrompía, que era, según dices, yo, me haces comparecer ante esos hombres y me acusas. Pero, en fin, el que los hace mejores, ea, diles y declárales quién es. Ya ves, Meleto, cómo te quedas callado y no encuentras qué decir. Y aun con todo, ¿no te parece que ello sea vergonzoso, y aun prueba suficiente de lo mismo que estoy diciendo, que ni te importa ni te ha importado nunca nada? Pero di, hombre de Dios, ¿quién es el que los hace ser más buenos?

—Las leyes.

Ah, pero no es eso lo que pregunto, alma de Dios, sino qué hombre; hombre que, lo primero, conozca también eso que dices, las leyes.

—Esos ahí presentes, Sócrates: los del jurado.

¿Cómo quieres decir, Meleto?: ¿estos hombres son capaces de educar a los jóvenes y los hacen ser mejores?

—Ni más ni menos.

Y ¿cómo: todos en general, o algunos de ellos sí y los otros no?

—Todos en general.

Buenas nuevas, voto a Hera, las que anuncias, y cosecha abundante de benefactores. Pero dime, en fin: y los oyentes de la sala ¿los hacen mejores, o éstos no?

—También éstos.

Y ¿qué me dices de los miembros del Consejo?

—También los miembros del Consejo. Pero entonces, Meleto, ¿serán acaso los de la Asamblea, los ciudadanos de la Cámara Popular, los que corrompen a los jóvenes?

¿O también ellos los hacen todos en general mejores?

—También ellos.

Todos pues, por lo visto, los atenienses los hacen hombres de pro y de bien, excepto yo, mientras que yo soy el único que los corrompo. ¿Es eso lo que dices?

—Sin la menor duda, sí, es eso lo que digo.

A gran desventura, por cierto, me dejas condenado. Así que respóndeme: ¿te parece a ti que también con los caballos es así la cosa: que los que los hacen ser mejores sean los hombres todos, y uno solo, en cambio, el que los corrompe? ¿O es todo lo contrario de eso: que hay uno solo que sea capaz de mejorarlos o muy pocos, los entendidos en caballos, en tanto que la mayoría, en cuanto tienen trato con caballos y se sirven de ellos, los estropean? ¿No es así como es la cosa, Meleto, así con los caballos como con los demás animales todos? Sí que lo es, por cierto, mírese como se mire, sea que tú y Anito digáis que no o que digáis que sí. Que muy buena suerte tendría que haber con los jóvenes si uno solo fuese el que los corrompiera, mientras que los otros les hicieran bien. Pero, en efecto, Meleto, bastantes muestras das de que jamás te has ocupado de los jóvenes ni por pienso, y bien claro revelas tu propio desinterés: que ni te importa ni te ha importado nunca de las cuestiones en nombre de las cuales me traes a juicio.

Pero dínos todavía, Meleto, alma de Dios: ¿qué es lo que es mejor: vivir en un pueblo de gentes de bien o de malvados? Ea, hombre, responde; que a bien que no te pregunto nada tan difícil. ¿No es cierto que los malvados están siempre haciéndoles algún mal a los que en cada caso se encuentren más cerca de ellos, y que en cambio, siempre algún bien los buenos?

—Sí, sin duda.

¿Hay alguien pues que quiera recibir daño de los que con él conviven mejor que beneficio? Sigue respondiendo, Meleto honrado: que además, la ley te manda que respondas. ¿Hay alguien que prefiera recibir daño?

—No, claro que no.

Veamos, en fin: ¿cómo es como me traes aquí a juicio: como a quien corrompe a los jóvenes y los vuelve más perversos a sabiendas de lo que hace, o por inconsciencia?

—A sabiendas de lo que haces, por supuesto.

¿Cómo pues, Meleto?: ¿a tal punto eres tú, a tu edad, más inteligente y sabio que yo, con la edad que tengo, que, en tanto que tú tienes bien sabido que los malos siempre están haciendo algún mal a los que más cerca están de ellos, y los buenos bien, yo, en cambio, en fin, heme llegado a tal grado de imbecilidad que hasta eso ignoro, que, si llego a hacer perverso a alguno de los que conmigo tratan, correré el peligro de recibir algún mal de él, y ello hasta el punto de que ese mal, tan grave como es, lo hago a sabiendas, según afirmas? Lo que es eso, a mí no me lo haces creer, Meleto, ni creo que tampoco a ninguno de los hombres; no, sino que o bien no los corrompo, o, si los corrompo, es sin querer y por inconsciencia; de manera que tú, desde luego, en un caso y en otro, mientes. Mas si inconscientemente los corrompo, para tales errores y faltas que se den, aunque sea por inconsciencia, no es ley traerlo a uno a juicio, sino, tomándolo en privado, enseñarle y hacerle entrar en razón: pues es claro que, si llego a comprenderlo, dejaré de hacer, por cierto, aquello que por inconsciencia estoy haciendo. Pero tú, primero, has rehuído y no has querido encontrarte conmigo y enseñarme, y luego, me has traído a juicio aquí, adonde es ley traer a los que necesitan de castigo, que no a los que de enseñanza. Pero, en efecto, ciudadanos atenienses, lo que está ya claro es eso que os decía, que de esas cuestiones a Meleto no le ha importado jamás poco ni mucho. Mas sin embargo, en fin, sigue diciéndonos: ¿cómo es la manera en que, según tú, Meleto, corrompo yo a los jóvenes? ¿O, en fin, se da ya por evidente que, de acuerdo con el escrito de acusación que has presentado, ello es enseñándoles a no creer en los dioses en que el Estado cree, sino en otros espíritus o genios nuevos y desconocidos? ¿No es por medio de esas enseñanzas como afirmas tú que los corrompo?

—Pues sí, sin la menor duda, que eso es lo que afirmo.

Pues bien, Meleto, en nombre de esos dioses justamente de los que se está tratando ahora, explícanos aún más claramente, tanto a mí como a los ciudadanos ahí presentes. Que es que yo no logro comprender si lo que dices es que les enseñe a creer que hay algunos dioses (y en ese caso, yo también creo en que hay dioses y no soy un ateo y un sindió del todo, ni soy tampoco reo de crimen por esa parte), aunque no, sin embargo, aquellos precisamente en que el Estado cree, sino otros diferentes, o si sin más y en absoluto afirmas que yo no creo en dioses y que eso es lo que a los otros les enseño.

—Eso es lo que afirmo, que no crees en absoluto en dioses.

Ah, increíble Meleto, ¿cómo es eso que dices?: ¿tampoco el sol y la luna creo entonces que sean dioses, como creen los demás hombres?

—No, a fe mía, ciudadanos del jurado, pues que dice que el sol es una piedra y que la luna es tierra.

¿Te crees que estás acusando a Anaxágoras, mi buen Meleto? Y ¿en tan poco tienes a los aquí presentes y tan ajenos los consideras al mundo de las letras como para que no sepan que los libros de Anaxágoras el clazomenio rebosan de razones de éstas? Y aun a bien que, en fin, van los jóvenes a aprender de mi boca esas doctrinas que a la mano tienen ir a comprarlas en cualquier momento, a lo más caro, por un dracma en las tiendas de tras el teatro, y así reírse a su sabor de Sócrates, caso de que presuma de que son tuyas, sobre todo siendo además tan desatinadas. Pero, hombre de Dios, ¿es así como te parece que yo soy? ¿Que no creo en dios ninguno?

—No, a fe, digas lo que digas, en ninguno absolutamente.

Increíble cosa la que dices, Meleto; y aun lo que es eso, en todo caso, a lo que me parece, ni tú mismo te lo crees. Que es que a mí me parece que ese hombre, ciudadanos atenienses, es un insolente de marca mayor y un desaprensivo, y que sencillamente el escrito ese de acusación lo ha presentado en un arrebatado de insolencia y de mala cabeza propia de su juventud. Pues da la impresión de que está como proponiendo una adivinanza y haciendo un experimento: «A ver si se da cuenta Sócrates, el inteligente, el sabio, en fin, de que estoy gastando una broma y contradiciéndome a mí mismo, o si logro pegársela a él y a los otros que me oigan.» Porque es que me parece claro que él se contradice a sí mismo en el texto de su acusación, tal como si hubiera dicho: «Es reo Sócrates del crimen de no creer en dioses, pero creyendo en dioses.» Y a ver si no es eso hablar en broma. Pero, en fin, examinad conmigo, ciudadanos, por dónde me parece a mí que va lo que éste dice; y tú respóndenme, Meleto. En cuanto a vosotros —lo que al principio os he pedido—, tened cuenta de no armarme barullo si sigo desarrollando mi discurso a la manera que tengo por costumbre. ¿Hay algún hombre, Meleto, que, creyendo por un lado que hay cosas humanas, no crea sin embargo que haya hombres? Que siga respondiéndome, ciudadanos, y que deje de andar alborotando de un lado para otro. ¿Hay alguien que no crea en caballos, pero sí en cosas caballares? ¿O que no crea que haya flautistas, pero sí actividades flautísticas? No lo hay, ilustrísimo sujeto: si te empeñas tú en seguir sin responderme, yo te lo digo a ti y a los demás ahí presentes. Pero a lo que a esto se sigue, por lo menos, respóndeme: ¿hay alguien que, creyendo que hay cosas espirituales o divinas, luego no crea que haya espíritus ni divinidades?

—No, no lo hay.

Qué gran favor nos has hecho con dignarte responder a duras penas, cediendo a las presiones de esos ciudadanos. Conque entonces, en cosas espirituales y genios divinos dices que sí que creo y que así lo enseño, ya sean ellos nuevos o ya antiguos, pero el caso es que, por lo menos, en cosas espirituales y genios divinos, según tus palabras, creo, y así incluso lo has declarado bajo juramento en el acta de acusación formalizada. Pero, si creo en cosas espirituales y divinas, también en espíritus y divinidades, mírese por donde se mire, tengo que creer por fuerza: ¿no es así la cosa? Sí, en fin, así lo es: pues doy por supuesto que lo otorgas, toda vez que no respondes. Pero los espíritus o genios o divinidades ¿no es creencia nuestra que o bien son dioses, por supuesto, o si no, hijos de dioses? ¿Estás de acuerdo, o no?

—Sí, sin duda.

Así que entonces, si creo en genios divinos, como tú dices, caso de que sean alguna especie de dioses los genios divinos, eso vendría a ser lo que digo de que hablas en adivinanza y gastas bromas, al decir que, no creyendo en dioses, asimismo creo también en dioses, desde el momento, al menos, que creo en genios y espíritus divinos; y

caso igualmente de que los genios sean una especie de hijos bastardos de los dioses, ya nacidos de ninfas, ya, en fin, de algunas otras de las que así se cuenta, ¿quién va a haber en el mundo que crea que hijos de dioses hay, pero dioses no? Pues igual de absurdo sería que, creyendo uno que hay hijos de caballos y de asnos, a saber, los mulos, no creyera sin embargo que haya asnos y caballos. Pero lo que pasa, Meleto, es que no hay más sino que tú has presentado la declaración de acusación esa por hacer un experimento con nosotros, o bien porque no hallabas de qué crimen verdadero pudieras inculparme. Pero que vayas a convencer a nadie en el mundo, por poco juicio que tenga, de que no sea una misma cosa que crea uno en cosas de espíritus que en las divinas, y que luego ese mismo no crea en espíritus ni en dioses ni en semidioses, eso no hay medio ni manera.

Pero bien, ciudadanos de Atenas: de que no es verdad que sea reo del crimen que la acusación de Meleto dice, no creo yo que haga falta mucho discurso de defensa, sino ya con lo dicho baste; pero en cambio, aquello que ya antes os decía, de que me tengo ganadas muchas enemistades y frente a mucha gente, bien sabéis cómo es verdad; y eso es lo que me pierde y me condena, si es que llega a condenarme: no Meleto ni Anito, sino las calumnias y el odio de la gente; cosa que, en fin, también a otros muchos y hombres de bien los lleva hasta aquí perdidos y condenados, y que — me parece— los seguirá perdiendo; que no hay miedo ninguno de que en mí se pare. Acaso pues me diga alguno: «Y luego, ¿no te da vergüenza, Sócrates, de dedicarte a semejante ocupación, que por ella estás corriendo el peligro de morir ahora?» Pero yo al que así dijera tendría por razones justas con que contestarle las siguientes; «No tienes razón, amigo, si piensas que debe echar cuentas del peligro de seguir viviendo o de quedar muerto cualquier hombre que valga, por poco que ello sea, para algo, y no más bien mirar tan sólo, cuando algo haga, a ver si es justo y bueno lo que hace o si no lo es, y si son acciones de hombre de bien las tuyas o si lo contrario. Pues gente vil habían de ser, si no, según esas razones tuyas, todos aquellos de los semidioses que quedan en Troya muertos, y entre otros por ejemplo el hijo de la diosa Tetis, el cual a tal punto menospreció el peligro ante la alternativa de aguantar algo vil y deshonesto que, cuando su madre, al verlo decidido a ir a matar a Héctor, le dijo, diosa y todo como era, así más o menos, según creo, "Hijo, si vengas la muerte de Patroclo tu compañero y llegas a matar a Héctor, tú también morirás" ("pues tu destino", así le dice, "está tras el de Héctor a punto"), pero él, tras haber oído eso, la muerte y el peligro los tuvo en poco, y mucho más sintiendo el miedo de seguir viviendo como un vil y sin vengar a los que amaba, "Muerto quede al momento", le dice, "después de castigar al que hizo el daño, que no que me quede aquí, sirviendo de irrisión, al pie de las naves recorvas, para carga de la tierra". ¿Piensas tú acaso que tuvo él cuenta de la muerte ni el peligro?»

Pues así es, ciudadanos de Atenas, a la verdad, la cosa: el puesto en el que uno se coloque por haber pensado que así era lo mejor, o en el que lo coloque el que le manda, allí debe —a lo que creo— quedarse arrojando los peligros, sin echar cuentas para nada ni de muerte ni de otra cosa ninguna antes que no de la deshonra. Así que en cuanto a mí, bien feo proceder sería el mío, ciudadanos atenienses, si primero, cuando me mandaban a un puesto los jefes que vosotros elegisteis para mandarme, así en Potidea como en Anfípolis y en Delio, entonces sí, donde ellos me mandaban, allí me quedaba, igual que cualquier otro, y arrojaba el peligro de morir, y en cambio, al ordenarme el dios, según yo creí y según supuse, que había de vivir dedicándome a investigar sobre el saber y examinándome a mí mismo y a los otros, aquí, por el contrario, aterrado o por la muerte o por otra cosa cualquiera, fuese a abandonar el

puesto. Feo, de cierto, y grave sería mi proceder, y en verdad que entonces sí que con justicia y razón se me podría hacer comparecer ante los tribunales, acusado de que no creo que haya dioses, al desobedecer al oráculo y tener miedo de la muerte y crearme, no siéndolo, inteligente y sabio: pues por cierto que el tener miedo de la muerte, ciudadanos, no es otra cosa sino creerse inteligente y sabio sin serlo uno: porque es creer que sabe lo que no sabe.

Pues saber, nadie sabe de la muerte ni aun siquiera si no será por ventura el mayor de los bienes todos para el hombre, pero le tienen, en cambio, miedo como si supieran bien que es el más grande de los males. Y a bien que ¿cómo no va a ser ésa la más bochornosa de las ignorancias y estupideces, la de creerse que sabe uno lo que no sabe? Pero yo, ciudadanos, en eso es también en este caso en lo que acaso me diferencio de la mayoría de los hombres, y aun, en fin, si en algo puedo decir que soy más inteligente y sabio que otro, en eso habrá de ser: en que no sabiendo bastantemente de las cosas del más allá, así también pienso que no lo sé. Pero en cambio que el hacer mal y el desobedecer al que es mejor que uno, así dios como hombre, es malo y vergonzoso, eso sí lo sé. Así que no voy, a costa de males que sé bien que son males, a temer ni a rehuir jamás los que no sé si incluso no serán acaso bienes.

De manera que, ni aun caso de que ahora vosotros me dejarais libre, sin hacerle caso a Anito, el cual decía que o bien no había en absoluto que haberme hecho comparecer aquí o que ya, una vez que he comparecido, no cabía dejar de condenarme a muerte, alegando ante vosotros que, si llegaba a escapar de la justicia, ya en adelante vuestros hijos, dedicándose a hacer lo que Sócrates enseña, todos de todo en todo se corromperían, puesto caso —digo— que frente a eso me dijerais «Sócrates, por esta vez no vamos a hacerle caso a Anito, y te dejamos libre, pero, eso sí, bajo la condición de que ya nunca más andes por ahí con esas investigaciones ni con averiguaciones de sabiduría, y que si otra vez se te sorprende dedicándote a eso, morirás», si con esas condiciones pues —que es a lo que iba— estuvierais dispuestos a absolverme, tendría que responderos que «Yo, ciudadanos atenienses, estimo el favor y os lo agradezco, pero mejor he de obedecer al dios que no a vosotros, y en tanto que aliente en vida y sea capaz de ello, no hay caso de que deje de averiguar de sabiduría y de irros amonestando y argumentando con cualquiera de vosotros que en cada ocasión me tope, diciendo ni más ni menos lo que tengo por costumbre, aquello de "Pero hombre, bendito de Dios, ateniense como eres, de una nación la más grande y la más gloriosa en sabiduría y fuerza, ¿no te da vergüenza de andarte preocupando de la hacienda, y la manera de acumular la más que puedas, así como de la fama y los honores, mientras que en cambio del entendimiento y la verdad y de tu espíritu y la manera de que sea lo mejor que quepa no te preocupas ni aun se te acuerda de ello?", y aun en caso de que alguno de vosotros me lo discuta y diga que se preocupa, no he de soltarlo sin más ni quitarme de allí en seguida, sino que le haré preguntas y lo someteré a examen y averiguación, y si llega a parecerme que no tiene en su haber virtud de veras, sino que lo dice sólo, le haré reproches de que aquello que vale la pena lo estima en menos que nada, en tanto que las cosas que son más bajas y viles las tiene en más. Eso he de hacer, así con joven como con viejo, con cualquiera que me tropiece, y lo mismo forastero que paisano, aunque más a mis conciudadanos, cuanto que estáis más cerca de mí por lazos familiares. Pues así es lo que manda el dios, sabedlo bien, y yo creo que nunca hasta aquí os ha caído en la ciudad ninguna bendición más grande que este mi empleo al servicio de la divinidad. Pues ninguna otra cosa ando yo por ahí haciendo que persuadiros, tanto a los jóvenes como a los viejos de entre vosotros, de que ni de los cuerpos ni de las riquezas os ocupéis antes ni

con tanto empeño como del espíritu, en hacer que sea lo mejor que pueda, cuando os digo que "No de las riquezas proviene la virtud de uno, sino de la virtud riquezas y todos los otros bienes que para los hombres haya, así en la vida privada como en la pública". Conque si es diciendo tales cosas como corrompo yo a los jóvenes, será que son ellas perjudiciales; pero si alguno afirma que son otras que éstas las que yo digo, no tiene razón ninguna. Ante todo lo cual, ciudadanos de Atenas», así es como os hablaría, «hacedle caso a Anito o no se lo hagáis, y dejadme libre o no me dejéis, en la inteligencia de que yo no he de hacer otra cosa que eso, así tenga que quedar mil veces muerto.»

Dejad de armar alboroto, ciudadanos atenienses, y tened presente lo que os he pedido, de que no levantéis barullo por las cosas que os vaya diciendo, sino que las escuchéis; que además, a lo que creo, saldréis ganando con escucharlas. Pues es que voy a deciros todavía algunas otras cosas a las que acaso os dé también por abuchearme; pero, por lo que más queráis, no más hagáis tal cosa.

Pues sabed bien que, si llegáis a condenarme a muerte, siendo yo tal como os estoy diciendo, no mayor daño me haréis a mí que a vosotros mismos: pues a mí, por cierto, ningún daño han de hacerme ni Anito ni Meleto (que ni aun podrían siquiera hacerme: pues pienso que es contra ley divina para un hombre de mayor valía recibir daño del que vale menos): podrá él tal vez, en todo caso, hacerme condenar a muerte o a destierro o a pérdida de derechos; pero tales cosas si se cree ese hombre a lo mejor y alguno otro por ahí que son muy grandes males, yo en cambio no lo creo, sino mucho más grande hacer lo que él está ahí haciendo ahora mismo, intentar llevar a la muerte injustamente a un hombre. Así es que hoy, ciudadanos de Atenas, bien lejos de estar hablando en defensa de mí mismo, como podría pensar uno, estoy haciéndolo en defensa vuestra, para que no cometáis pecado con el don que el dios os ha concedido, al condenarme a muerte. Pues si a mí llegáis a matarme, no encontraréis fácilmente otro semejante, que esté sencillamente —aunque sea un tanto ridículo decirlo— posado sobre la ciudad por obra del dios como si fuese sobre un caballo que fuera, sí, grande y noble, mas por su corpulencia un tanto remolón y necesitado de que lo aguije y lo despierte una especie como de tábano; que es, en fin, como me parece a mí que me tiene el dios plantado sobre la ciudad o algo por el estilo, que ni un momento ceso de iros despertando y persuadiendo y censurando por uno, pasándome todo el santo día de aquí para allá por todas partes. Otro tal semejante pues no os va a caer tan fácilmente, ciudadanos; no, pero haced caso a lo que os digo, y dejadme en vida. Pero quizá vosotros, fastidiados acaso como los que están sesteando y los despiertan, vayáis de un manotazo, persuadidos por Anito, a matarme fácilmente, y luego el resto de vuestras vidas os lo paséis durmiendo, si es que no os envía alguno otro el dios, compadecido de vosotros.

Pero que en mí se dan caracteres tales como para indicar que soy un don hecho por el dios a la ciudad, bien podríais reconocerlo en lo siguiente: que es que no se parece a cosa humana esto de que esté yo desentendido de todas las cosas mías propias y que vaya soportando a lo largo ya de tantos años el descuido de los asuntos de mi casa, mientras que estoy siempre dedicándome a lo vuestro, llegándome en privado a cada uno, como un padre o un hermano mayor que fuera, a persuadirlo de que se ocupe del bien y la virtud. Y aun si de esas actividades sacara yo alguna ganancia y fuera mediante paga como hiciera esas exhortaciones, aún habría algún sentido y razón en lo que hago; pero el hecho es que ya veis, en fin, vosotros mismos que mis acusadores, tan desvergonzadamente como en todo lo demás me acusan, a tal grado de desvergüenza por lo menos no se atrevieron a llegar de presentar testimonio de

que haya yo jamás ganado ni solicitado paga alguna: y es que de que digo la verdad presento yo un testigo —me parece — fidedigno: la pobreza.

Acaso pues os pueda parecer un sinsentido esto de que, en fin, ande yo de acá para allá dando esos consejos y metiéndome en mil afanes, y que en cambio, en la política, no me atreva a subir al estrado ante vuestra asamblea y aconsejar al pueblo en su gobierno. Pero el motivo de eso es aquello que estáis hartos de oírmelo contar en mil sitios, que es que a mí suele sobrevenirme algo divino y como un espíritu, una voz, que es también, en fin, lo que en el escrito de acusación ha citado Meleto en son de burla. Pero a mí eso me pasa, ya desde muchacho, como una voz que me llega; la cual, cuando se presenta, me aparta siempre de hacer lo que vaya a hacer, y en cambio, a hacer algo no me incita nunca. Eso es lo que se me opone a que me dedique a la política, y aun muy bien, por cierto, me parece a mí que hace en oponérseme: es que —sabadlo bien, ciudadanos atenienses —, si yo de tiempo atrás me hubiera puesto a dedicarme a asuntos de política, tiempo hace ya que estaría muerto y ni a vosotros os habría sido de ningún provecho ni a mí tampoco. Y no os enojéis así conmigo porque os diga la verdad: pues no hay hombre, sea quienquiera, que haya de salir con vida si noble y generosamente se enfrenta ni con vosotros ni con otro cuerpo popular ninguno y trata de impedir que se produzcan muchas cosas contra justicia y contra ley en el gobierno de la nación, no, sino que por fuerza, aquél que de verdad esté dispuesto a luchar por la justicia; por poco tiempo que haya de mantenerse en vida, tendrá que vivir privadamente y no meterse en la vida pública.

Y graves testimonios de esto voy yo en lo que me toca a presentaros: no razones, sino eso que vosotros estimáis tanto, hechos. Oíd, en fin, las experiencias que en mi haber tengo, para que veáis que con nadie puedo transigir cediendo en contra de lo justo al miedo de la muerte, y que, no transigiendo, en ello va que haya de estar expuesto, entre otras cosas, a morir. Y os voy a contar cosas cargantes y de trámite forense, pero verdaderas. Pues ello es, ciudadanos atenienses, que yo otro cargo ninguno no he ocupado nunca en el gobierno de la nación, salvo que estuve en el Consejo; y coincidió que estaba nuestra tribu, la Antióquide, en su turno de presidencia cuando a los diez generales que no habían recogido los muertos en la batalla naval estabais vosotros deliberando de juzgarlos a todos juntos, ilegalmente, según más tarde hubisteis todos de reconocer: yo fui entonces el único de la presidencia que me opuse ante vosotros a que hicierais nada contra las leyes y que di mi voto en contra; conque, estando prestos los portavoces de la Asamblea a abrirme proceso por ello y a llevarme a los tribunales, y animándoles vosotros a ello con vuestras voces, creía yo que mejor debía de la parte de la ley y de lo justo correr peligros que ponerme de vuestra parte, cuando estabais deliberando contra justicia, por temor de prisión o muerte. Y eso fue cuando estaba todavía la nación bajo régimen democrático; pero luego que se estableció la oligarquía, a su vez los Treinta me mandaron a llamar junto con otros cuatro al palacio de la Rotonda y me ordenaron ir a traer de Salamina a Leonte el salaminio a fin de ejecutarlo, como a otros muchos, en fin, les daban aquéllos muchos encargos semejantes, con la intención de cargar de culpa y responsabilidad a los más posibles de los ciudadanos. Y con todo, volví a demostrar yo entonces, no de palabra, sino de hecho, que de la muerte me importa a mí, si no fuera demasiado grosero decirlo así, menos que cualquier cosa, y que en cambio, de no cometer nada contra justicia ni ley divina, de eso me importa en sumo grado; pues el gobierno aquel, tan violento y duro como era, no me aterró hasta el punto de hacerme cometer una acción injusta, sino que, en cuanto hubimos salido de la Rotonda, los otros cuatro allá se fueron a Salamina y de allí trajeron a Leonte, pero yo cogí el camino y me fui a casa. Y aun puede

que por ese motivo me hubieran ejecutado, de no haber sido que el régimen al cabo de pocos días se vino abajo. Y de todo esto muchos hay que os serán testigos.

¿Acaso pues creéis que hubiera yo sobrevivido tantos años si me dedicara a los asuntos públicos y, portándome como a un hombre de bien le corresponde, acudiera en apoyo de las causas justas y esto, como se debe, lo estimara en más que nada? No, ni mucho menos, ciudadanos atenienses, como tampoco, en efecto, ninguno otro de los hombres. Pero a mí a lo largo de toda la vida, si en público hice algo alguna que otra vez, se me verá siempre igual y tal como os digo, y también en lo privado así y lo mismo, sin que haya nunca transigido con nadie en nada en contra de justicia, ni con ningún extraño ni con ninguno de éstos que, calumniándome, dicen, en fin, que son discípulos míos. Pero yo maestro de nadie no lo he sido nunca; si, en cambio, tiene alguno deseo de oírme cuando estoy hablando y dedicándome a mis asuntos, sea joven o sea viejo, nunca se lo he rehusado a nadie; ni es tampoco que, cuando recibo paga por ello, me ponga a conversar, y al no recibirla, no, sino que por igual y tanto a rico como a pobre me ofrezco y presto a que me pregunten o a cualquiera también que desee darme la réplica y oír lo que vaya diciendo y razonando. Conque a mí, lo mismo que uno de ellos salga hombre de bien que si no lo sale, no ha de ser justo de ello echarme a mí la culpa, cuando ni jamás le prometí a ninguno enseñanza alguna ni le enseñé nada. Pero si alguno dice que ha aprendido nunca de mi boca cosa alguna o que me ha oído en privado algo que no hayan oído igualmente todos los demás, ése —sabadlo bien— no dice la verdad.

Pero, en fin, ¿por qué diablos hay algunos que se complacen en pasar conmigo largo tiempo de sus vidas? Ya lo habéis oído, ciudadanos atenienses, y os he dicho toda la verdad sobre ello; porque se complacen en oír cómo se somete a examen a los que se creen ser inteligentes o sabios y que no lo son; pues ello no deja de ser cosa de gusto. Y eso lo hago, como os digo, por orden que tengo recibida de la divinidad, así por oráculos como por ensueños como por cualquier otro procedimiento por el que alguna vez alguna otra vocación divina haya podido ordenarle a un hombre hacer cualquier cosa que sea. Todo lo cual, ciudadanos de Atenas, es tan verdadero como fácil de comprobar: porque, en fin, si es cierto que yo a algunos de los jóvenes los corrompo y a otros los he dejado corrompidos, fuerza sería, sea de ello lo que sea, que ya, si algunos de ellos, al hacerse mayores, se hubieran apercebido de que, siendo jóvenes, les había yo jamás aconsejado mal en algo, ahora mismo estuvieran subiendo al tribunal para acusarme y vengarse de ello; o que, si ellos no querían, algunos de sus familiares, ya padres o ya hermanos o por otro parentesco que les tocaran, caso de que hubieran recibido de mí algún mal sus familiares, ahora se acordaran de ello y acudieran a vengarlo. Y a bien, por cierto, que están aquí presentes muchos de ellos, a los que estoy viendo: lo primero, ahí Gritón, quinto y paisano mío, padre de Critobulo aquí presente, y después Lisantias el esfetino, padre de Esquines que ve aquí, y ahí está también Antifonte el cefisiano, padre de Epígenes, o si no, ahí tenéis el caso de otros cuyos hermanos se encuentran ahí en vuestra compañía, Nicóstrato el de Teozótides, hermano de Teódoto (y por cierto que Teódoto muerto está, de manera que ése, desde luego, no lo habría retenido con sus súplicas), y también aquí Paralio el de Demódoco, de quien Teages era hermano; y si no, aquí Adimanto el de Aristón, cuyo hermano es Platón ahí presente, y Avantodoro, de quien aquí Apolodoro es hermano; y aun otros muchos puedo yo citaros, de los cuales alguno habría sido propio más que nada que en el curso de su alegato, como testigo de cargo, Meleto lo hubiera hecho comparecer; pero si entonces se le olvidó, que lo haga comparecer ahora (yo le cedo en mi turno la tribuna) y que diga si tiene algún agravio semejante. Pero todo lo con-

trarío de eso, ciudadanos, será lo que hallaréis: que todos están dispuestos a acudir en ayuda mía, yo que corrompo, yo que les hago mal a sus familiares, según Meleto y Anito aseguran. Que es que los propios que están ya corrompidos acaso tuviera sentido que acudieran en mi ayuda; pero los otros, no corrompidos, hombres ya mayores, los parientes de ellos, ¿qué otro sentido tiene que acudan en ayuda mía, sino el justo y el derecho, que son conscientes de que Meleto está mintiendo y yo diciendo la verdad?

En fin, sea, ciudadanos: lo que pueda yo tener que decir para defenderme es lo que queda dicho, y acaso algunas otras cosas por el estilo. Pero puede que alguno de vosotros se sienta irritado, al acordarse de su propio caso, por el hecho de que, en tanto que él, aun estando sometido a un juicio de menos monta que el que ahora estáis juzgando, rogó y suplicó por el cielo a los jurados con abundantes lágrimas, haciendo subir al tribunal a sus hijos, para despertar la mayor compasión posible, y aun a otros muchos de sus familiares y sus amigos, yo en cambio, en efecto, no voy a hacer nada de tales cosas, y eso corriendo como estoy, a lo que puedo yo conjeturar, el último de los peligros; puede ser pues que alguno, echándose esas cuentas, tome hacia mí una actitud un tanto de despecho, y que, irritado su ánimo por eso justamente, vaya a echar con animosidad su voto. Si alguno, en fin, de vosotros se encuentra en esa situación (que yo, por cierto, no lo creo de vosotros, pero si así fuera), me parece que puedo decirle razonablemente algo como esto: «Yo también, bendito de Dios, tengo ciertamente por acá o por allá algunos familiares; que es que —aquello de Homero— tampoco yo soy nacido "de la encina ni de la peña", sino de hombres, de manera que parientes tengo, y también hijos, por cierto, ciudadanos atenienses, tres, uno de ellos ya mozo, pero dos niños. Y sin embargo, a ninguno de ellos lo haré subir a este estrado para suplicaros que me absolváis con vuestro voto.» ¿Por qué, en fin, no voy pues a hacer nada de eso? No por amor propio, ciudadanos de Atenas, ni por falta de consideración para con vosotros; pero es que, que sea yo atrevido y despreocupado frente a la muerte o no lo sea, eso es otra cuestión, mas en cambio, en atención al buen nombre tanto mío como vuestro como de la ciudad entera, no me parece a mí decente ponerme a hacer ninguna de éstas ni a esta edad que tengo ni con el renombre ese de que gozo, sea verdadero o sea falso, pero el caso es que reina la opinión de que en algo se diferencia Sócrates de la mayoría de los hombres. Si aquéllos pues que entre vosotros tienen fama de distinguirse, ya en inteligencia, ya por valentía o ya por alguna otra virtud cualquiera, van a portarse de ese mismo modo, fea cosa va a ser ello: tal como muchas veces tengo yo a algunos vistos cuando se les está juzgando, que parece, por un lado, y se creen ellos que son algo, pero que luego se comportan de maneras bien chocantes, como creyendo que les va a pasar algo terrible si se les condena a muerte, así como si fueran a ser inmortales en caso de que vosotros no los hicierais ejecutar; los cuales me parece a mí que oprobio y vergüenza le acarrearán a la ciudad, al punto de que pueda incluso sospechar alguno de los forasteros que aquellos de los atenienses que se distinguen por sus virtudes, a los que ellos eligen para gobernarlos y para los demás cargos y honores, éstos en nada se diferencian de las mujeres. Porque esas cosas, ciudadanos atenienses, ni es bien que las hagáis vosotros, los que os preciáis, sea por donde sea, de ser algo, ni que, en caso de que nosotros las hagamos, os prestéis vosotros a ello, sino que hagáis ver justamente que mucho más dispuestos estaréis a condenar al que represente aquí esos melodramas lacrimosos y ponga así en ridículo a la ciudad que no al que lleve la cosa tranquilamente.

Pero, aparte de los motivos del buen nombre, ciudadanos, ni aun justo me parece a mí que sea tampoco suplicarles a los jueces y escapar por súplicas de la condena, sino informarles y tratar de convencerlos. Pues no es para eso para lo que está puesto en el jurado el juez, para hacer gracia de lo que es de justicia, sino para discernir y decidir sobre ello; y aun hecho tiene juramento de que no ha de hacer favores a los que a él le parezca bien, sino juzgar según las leyes. Así pues, ni tenemos nosotros que acostumbraros a vosotros a perjurar ni dejaros vosotros acostumbrar a ello; pues ni unos ni otros guardaríamos el respeto a los dioses en ese caso. No más pues esperéis de mí, ciudadanos atenienses, que haya de hacer ante vosotros cosas tales que ni decentes considero que sean ni justas ni piadosas, en ningún otro caso tampoco, a fe mía, pero en especial cuando me veo acusado de irreligión por Meleto ahí presente; pues es claro que, si tratara de persuadiros y con mis súplicas forzaros a obrar en contra de lo que tenéis jurado, estaría con ello enseñándoos a vosotros a no creer en que haya dioses, y sencillamente, al defenderme, estaría acusándome yo mismo de que no creo en dioses. Pero muy lejos está eso de ser verdad: pues creo, ciudadanos atenienses, como ninguno de mis acusadores, y así en vuestras manos pongo y en las del cielo el juzgar sobre mí de la manera que haya de ser para mí la mejor y para vosotros.

[El Jurado ha votado la culpabilidad.]

A que no me sienta indignado, ciudadanos atenienses, por ese hecho que acaba de producirse, de que me hayáis condenado con vuestro voto, entre otras muchas cosas que a ello contribuyen, está el que ese suceso no ha caído sobre mí como algo inesperado; que, por el contrario, mucho más extraña el número de los votos que ha resultado para una y para otra parte; pues no pensaba yo, por cierto, que por tan poco iba a ser la cosa, sino por mucha diferencia; pero es lo cierto, por lo visto, que con sólo que se hubieran trastocado treinta votos, me encontraría absuelto. De la acusación, por lo pronto, de Meleto pues, según la cuenta que yo me echo, aun siendo la cosa como ha sido, estoy absuelto y libre, y aun no sólo estoy absuelto, sino que una cosa hay evidente para cualquiera, y es que, si no hubieran subido Anito y Licón al estrado para intervenir en mi acusación, hasta hubiera tenido que pagar los mil dracmas consiguientes al no haber conseguido la quinta parte de los votos.

Pero el caso es que nuestro hombre propone para mí pena de muerte. Bien, y yo, en fin, ¿qué contrapropuesta de pena os presento, ciudadanos atenienses? Aunque ¿no es evidente que ha de ser la que merezco? Y entonces, ¿qué?: ¿qué castigo merezco yo sufrir o qué pena pagar por el hecho de que se me haya ocurrido eso de no estar quieto en toda mi vida, sino que, despreocupado de las cosas que la mayoría se ocupaban, de los negocios y la familia y las jefaturas y los discursos políticos y los demás cargos y conjuras y revueltas que en la nación se producían, por considerarme, a la verdad, demasiado decente y bueno como para sobrevivir si me dedicaba a tales cosas, no me metía en sitios donde, si me metía, no iba a seros de ningún provecho ni a vosotros ni a mí mismo, y en cambio en eso de ir en privado a cada uno a hacerle lo que yo estimo que es el mayor de los beneficios, en eso sí que me metía, intentando convencerlos a cada uno de vosotros de que ni se ocupara de ninguna de sus propias cosas antes de ocuparse de sí propio, de llegar a ser todo lo mejor y más inteligente que pudiera, ni de los asuntos de la nación antes de ocuparse de la nación misma, y así en las demás cosas ordenar sus intereses del mismo modo... ¿qué es pues lo que merezco recibir por ser así como soy? Algo bueno, ciudadanos atenienses, si es al menos que ha de estimarse de verdad la pena según los merecimientos; y dentro ya de eso,

un bien de alguna clase que pueda ser apropiado a mis condiciones. ¿Qué es apropiado pues para un hombre pobre, bienhechor, que necesita tiempo libre para dedicarse a exhortaros y avisaros? No hay cosa más propia, ciudadanos de Atenas, que venga tan bien al caso como que el tal hombre reciba la pensión pública vitalicia de comer a costas del Estado en la sede de la Presidencia; mucho más propio, en todo caso, que para cualquiera de vosotros que tenga en su haber una victoria en las carreras de caballos o de parejas o de carros en las Olimpíadas: pues lo que éste procura es que tengáis renombre de que sois bienaventurados, y yo en cambio, que lo seáis, y además él para nada necesita del sustento público, pero yo sí lo necesito. Así que, si debo en toda justicia proponer para mí la pena que merezco, ésa es la que propongo, comer a costas del Estado en la Presidencia.

Acaso pues también al hablar así os parezca que estoy hablando igual como cuando hablaba de la compasión y de las súplicas, presuntuosamente y con despecho; pero no es nada de eso, ciudadanos atenienses, sino más bien algo como esto: que yo estoy convencido de que en nada, que sea conscientemente, le hago yo mal a ningún hombre, pero a vosotros no logro convencerlos de ello; porque es que es poco tiempo el que llevamos conversando entre nosotros; que estoy seguro de que, si rigiera entre vosotros, como se da entre otras gentes, la ley de que en cuestiones de pena capital no dure el juicio sólo un día, sino varios, se os podría convencer de eso; pero, así las cosas, no es fácil en tan escaso tiempo que tan graves calumnias se desvirtúen. Pero, en fin, estando yo convencido de que a nadie le hago mal, ni se me pasa por las mientes ir a mí mismo a hacerme mal injustamente y a decir yo mismo contra mí que sea merecedor de cosa alguna mala y proponer para mí mismo alguna pena semejante. Y ¿por temor de qué?: ¿será por el de sufrir eso que Meleto me propone como pena, lo cual os digo que no sé ni si es un bien ni si es un mal? ¿Voy yo, en fin, a escoger en lugar de eso, alguna de las cosas que sé bien que son malas, al proponérmela como castigo? Que ¿cuál sería: la prisión? Y ¿a qué tengo yo que andar viviendo en una cárcel, esclavizado a los que vayan ocupando el cargo de los Once del poder ejecutivo? ¿Será, si no, a una multa, y a quedar preso hasta que la pague? Pero eso es para mí lo mismo que acabo de decir: porque yo no tengo dineros de donde pagarla. Pues ¿qué: me voy a proponer condena de destierro?: porque puede que a eso me condenarais seguramente. Sin embargo, mucho apego a la vida, ciudadanos de Atenas, habrá de ser el mío si tan falto de juicio soy como para no poder calcular que, mientras que vosotros, siendo conciudadanos míos, ha resultado que no sois capaces de aguantar mis conversaciones y razonamientos, sino que han acabado por seros tan pesados y tan aborrecibles, al punto de que estáis tratando ahora mismo de sacudíroslas de encima, en cambio otros, por lo visto, van a soportarlas tan fácilmente. No, ni por pienso, ciudadanos atenienses. Pues sí que bonita vida iba a ser la mía, después de salir de aquí a la edad que tengo, andar cambiando de una nación en otra y pasar expulsado de aquí para allá la vida. Porque bien sé que, adondequiera que vaya, acudirán los jóvenes, igual que aquí, a escucharme hablar; y entonces, si se lo prohíbo y los echo de allí a ellos, ellos mismos me expulsarán, convenciendo a sus mayores; pero si no los echo, serán sus padres y familiares por mor de ellos mismos los que lo hagan.

Acaso puede pues que me diga alguno: «Pero y callando y estándote quieto, Sócrates, ¿no vas a sernos tú capaz de irte desterrado y seguir viviendo?» Y bien, ahí está lo que es más difícil que nada de hacerlos creer a algunos de vosotros: pues sea que diga que eso es desobedecer al dios y que por eso es imposible estarse quieto, no vais a creerme, pensando que hablo de broma y por ironía; o si, en cambio, digo que es que

resulta que es el mayor de los bienes para un hombre eso de ir cada día haciendo sus razonamientos sobre el bien y la virtud y las demás cuestiones de las que me oís vosotros conversar, examinándome a mí mismo y a los otros, y que una vida sin examinación no es vida para un hombre, pues menos todavía vais a creerme si así lo digo. Pero así es ello, tal como os lo digo, ciudadanos, sólo que hacerlo así ver no es fácil.

Y es que además no estoy yo tampoco acostumbrado a estimarme merecedor de mal ninguno. Que es que todavía si tuviera yo dinero, habría propuesto una multa tan grande como estuviera en condiciones de pagar; que ningún daño habría sido ése; pero el caso es que no lo tengo; bueno, como no sea que queráis condenarme a la suma que haya yo de poder pagar. Y puede que tal vez pudiera yo pagaros de aquí o de allá una mina de plata; así que a esa suma propongo que se me condene.

Pero aquí Platón, ciudadanos de Atenas, y Gritón y Critobulo y Apolodoro me están diciendo que proponga una condena a treinta minas, y que ellos salen fiadores. Propongo pues que se me condene en esa suma, y del dinero tendréis en los dichos fiadores de crédito y solventes.

[El Jurado ha votado la condena a muerte.]

Por mor de una diferencia de tiempo, no por cierto muy grande, ciudadanos atenien- ses, vais a cargar con la fama y con la culpa que os echarán los que quieran injuriar a vuestra nación, de que sobre vosotros pesa el haber matado a Sócrates, hombre inteligente y sabio (porque, en fin, dirán que soy sabio, aunque no lo soy, los que quieran a vosotros denostaros): que a bien que, sólo que hubierais aguardado un poco más de tiempo, por sí mismo se os habría producido ese resultado: pues, en fin, ya veis por la edad que ando, bien avanzada en el camino de la vida, y de la muerte ya cercana.

Y esto que digo no es para todos vosotros, sino para aquellos que me han condenado a muerte con su voto. Que también a esos mismos se dirige lo que voy a decir ahora. Acaso estéis pensando, ciudadanos, que es por falta de palabras y argumentos por lo que me encuentro condenado, de argumentos tales que hubieran podido convenceros, si es que pensaba que había que hacer cualquier cosa que fuere y que decirla con tal de salir absuelto del proceso; no, bien lejos de eso: que sí que es por falta por lo que estoy condenado, pero no de palabras ni argumentos, sino de atrevimiento y de desvergüenza y por no querer hablar ante vosotros de la manera que hubiera sido —cierto— la más agradable de oír para vosotros, entonando lamentaciones y hablando quejumbroso y haciendo otras cosas y diciéndolas —indignas de mí todas, según pienso—, como las que, al fin, estáis acostumbrados a oírles a los otros. Pero ni en el momento se me ocurrió que se debiera por mor del peligro hacer nada impropio de un hombre libre ni ahora me arrepiento de haber hecho mi defensa de ese modo, sino que mucho más prefiero, después de defenderme así, encontrarme muerto que no, de aquel otro modo, seguir viviendo. Pues ni en proceso ni en guerra ni yo ni otro ninguno debe ponerse a maquinar manera de escapar, a costa de hacer lo que sea, de la muerte; que, en efecto, también en las batallas muchas veces viene a hacerse evidente que de morir, sin duda, podría escapar uno, ya tirando las armas, ya volviéndose en actitud de súplica a los que le persiguen; y aún otras muchas mañas hay en cada clase de peligros para evitar la muerte, con tal de que uno se atreva a hacer cualquier cosa que sea y a decirla. Pero bien me temo que no sea lo difícil, ciudadanos, eso de escaparse de la muerte, sino mucho más difícil de la vileza: pues ésta corre más rápido que la muerte; conque ve aquí que yo, como lento que soy y viejo, me he dejado coger por la más lenta de las dos, mientras que a mis acusadores, impetuosos y

veloces como son, los ha cogido la más rápida, la vil miseria. Así que ahora yo me voy a ir de aquí condenado a muerte por vosotros, pero ellos cargados por la verdad con la condena a vida mísera y culpada. Conque yo me atengo a la estimación de mi castigo, y ellos a la del suyo; en cuanto a eso, así es tal vez incluso como debía resultar la cosa, y pienso que está bien proporcionada.

Pero ahora, en fin, pasando a otra cosa, deseo haceros una profecía, vosotros los que me habéis condenado con vuestro voto; que, en efecto, estoy ya en la situación en que suelen mayormente profetizar los hombres: cuando están a punto de morir. Pues digo, ciudadanos, los que tenéis mi muerte sobre vosotros, que va a veniros un castigo, en seguida después de que yo muera, mucho más duro, a fe mía, que este que me dais de condenarme a muerte. Que es que ahora eso que acabáis de hacer lo hacéis pensando que con ello vais a libraros de dar cuentas de vuestra vida; pero muy del revés os va a salir la cosa — así os lo profetizo: muchos más de uno serán los que os pidan cuentas; a los cuales yo por ahora los iba conteniendo, aunque vosotros no os percatabais de ello; y tanto más duros serán cuanto que son más jóvenes, y más con ello rabiareis vosotros. Pues si pensáis que por el procedimiento de ir matando a la gente vais a impedir que alguno os eche en cara que no vivís como es debido, no echáis bien la cuenta de ello: pues no es ése modo de librarse ni del todo posible ni decente, sino que otro es el más noble al tiempo que el más fácil: no andarlos rebajando a los demás, sino aparejarse uno mismo a ser lo mejor que pueda. Con esto pues que os he anunciado en son de oráculo a los que me habéis condenado con vuestro voto, termino con vosotros.

En cuanto a los que han votado por mi absolución, con gusto podría conversar con ellos sobre lo que aquí ha sucedido con este asunto, en tanto que los magistrados andan ocupados y no me toca todavía pasar al sitio adonde he de pasar a recibir la muerte. Pues ea, ciudadanos, quedaos conmigo el tiempo que esto dure; que nada impide que charlemos entre nosotros en tanto que es posible. Pues a vosotros, como amigos que sois, quiero revelaros lo que ahora mismo acaba de sucederme, a ver qué es lo que puede querer decir. Que es que a mí, jueces (pues al llamaros jueces a vosotros, seguramente estoy empleando correctamente el nombre), algo sorprendente acaba de ocurrirme: y es que aquella acostumbrada señal premonitoria del espíritu o genio, la cual antes en cualquier momento andaba siempre tan frecuentemente oponiéndose y aun en las cuestiones más insignificantes, a cualquier cosa que fuera a hacer desacertadamente, ahora, en cambio, hete aquí que me ha sobrevenido lo que estáis viendo vosotros mismos, aquello justamente que puede, en fin, creer cualquiera y que se considera que es el último de los males, pero ni al salir de casa de mañana se me opuso la señal del dios ni cuando estaba subiendo aquí al estrado del tribunal ni en ningún momento del discurso cuando iba a decir una cosa u otra; y eso que, por cierto, en otros discursos o razonamientos en muchos sitios al fin me cortó por la mitad en lo que estuviera hablando; pero ahora, en cambio, resulta que en ningún punto tocante al asunto ese ni en acción ni en palabra alguna se me ha opuesto. ¿Qué es pues lo que sospecho yo que sea el motivo de esto? Voy a decíroslo: que es que es probable que eso que acaba de sobrevenirme resulte ser un bien, y no acertamos en nuestras suposiciones ni por asomo cuantos creemos que sea un mal el estar muerto. He aquí que a mí se me ha ofrecido una prueba de peso de que así es: pues no se comprende que no se me hubiera opuesto la señal acostumbrada si no fuera que lo que iba a hacer y lo que va a pasarme es una cosa buena.

Pero reflexionemos además por otro camino cómo hay mucho fundamento para esperar que ello sea bueno : que es que una de dos cosas es el estado de la muerte:

que o bien es algo como no ser nada ni tener de nada sensación ninguna el que está muerto, o bien, según lo que se cuenta, resulta que consiste en un cierto cambio y mudanza del alma de la vivienda de acá para otro sitio; y en fin, lo mismo si no es sensación ninguna, sino algo como un sueño cuando uno durmiendo ni siquiera ensueño ninguno ve, maravillosa ganancia habrá de ser la muerte (pues pienso yo que si uno debiera, después de separar aquella de sus noches en la que durmió tan profundamente que ni siquiera se le apareció un ensueño, y después de poner a comparación con esa noche todas las demás noches y días de su propia vida, tuviera que examinar la cosa y declarar cuántos días y noches da por mejor y más dulcemente vividos que esa noche en toda su vida, pienso que, no ya una persona cualquiera, sino el Gran Rey, habría de hallar que se contaban éstos con los dedos, frente al resto de los días y las noches), así que si es la muerte algo como eso, por ganancia desde luego yo la cuento: que, en efecto, la suma total de tiempo, se nos aparece así que no es, al fin, nada más que una sola noche. Pero si, en el otro caso, es algo la muerte como trasladarse de aquí a otro país, y son verdad las cosas que se cuentan, que allí, a saber, están todos los que están muertos, ¿qué mayor bien puede haber que ése, hombres del Jurado? Pues si uno, al llegar al reino del dios Hades, ya liberado de esos que se dicen aquí ser jueces,- se va a encontrar con los jueces de veras, que son los que se dice que están allá juzgando, Minos y Radamantis y también Éaco y Triptólemo y todos los otros semidioses que fueron justos en su propia vida, ¿no iba ese viaje acaso a merecer la pena? O si no el reunirse con Orfeo y con Museo y con Hesíodo y Homero ¿a qué precio no lo pagaría cualquiera de vosotros? Pues, lo que es yo, bien quiero estar mil veces muerto si tales cosas son verdad. Porque a mí mismo, por cierto, maravilloso iba a ser el trato y conversación que allí se me ofrecería, cada vez que me topara con Palamedes y con Ayante el de Telamón o cualquiera otro de los antiguos que hayan muerto condenados en un juicio injusto, cuando me pusiera a comparar mis propias experiencias con las de ellos, no iba —me figuro yo— a dejar de ser gustoso; y en fin, lo más importante, lo de pasármelo examinado a los de allá y averiguado, lo mismo que a los de acá, cuál de ellos es inteligente y sabio y cuál se cree serlo, pero no lo es..., ¿a qué precio, en fin, no había de pagar uno, varones del Jurado, examinar a aquel que condujo el vasto ejército hasta Troya o bien a Ulises o a Sísifo o a otros que a millares pudiera citar uno, así hombres como mujeres?; que conversar allí y tratar con ellos y examinarlos había de ser el colmo de la felicidad. En todo caso, lo cierto es al fin y al cabo que por eso, desde luego, allí no lo condenan a muerte a uno: pues, entre otras cosas por las que son más bienaventurados los de allá que los de esta parte, ya para el resto de los tiempos son ellos inmortales, al menos si es que son verdad las cosas que se cuentan.

Pero también vosotros, jueces, es bien que estéis de buena esperanza ante la muerte, y que solo un pensamiento como ése tengáis por verdadero: que no hay para un hombre bueno mal ninguno, ni en vida ni después de muerto, ni se despreocupan tampoco los dioses de sus asuntos; como tampoco los míos han llegado ahora al azar y por las buenas al presente estado, no, sino que es evidente para mí lo que os digo, que estar ya muerto de una vez y libre de ajetreos era para mí mejor. Por lo cual ni a mí me apartó en ningún momento de lo que hacía la señal divina ni estoy yo mayormente enojado contra los que han votado mi condena y contra mis acusadores. Y con todo, no fue con ese pensamiento como votaban contra mí y como me acusaban, sino creyendo hacerme daño; eso es lo que merece que se les eche en cara. Un solo ruego quiero, sin embargo, dirigirles: en mis hijos vengaos, ciudadanos, cuando lleguen a mayores, molestándolos con esas mismas insistencias con las que yo os mo-

lestaba, cuando os parezca que se ocupan antes del dinero o de otra cosa cualquiera que no del bien y la virtud; y si llegan a creerse que son algo, sin ser nada, reprochadles, tal como yo a vosotros, que no se ocupen de lo que se debe y que se piensen que son algo no valiendo nada. Que si así lo hacéis, quedaré yo recibiendo de vosotros el pago justo, así en mí mismo como en mis hijos. Pero, sí, ya es hora de que nos marchemos, yo a morir, vosotros a vivir; pero cuáles de nosotros vamos a mejor negocio, cosa es oscura para todo ser, salvo si acaso para el dios.